



GENERAL RAMON CORONA

1837-1889

SIEMPRE que con la memoria se vuelve la vista hacia el Tepic da hace cuarenta años, la imaginación ve removerse claramente entre los sombríos desfiladeros de la Sierra de Navarit, una turba sin dientes blancos como los del chacal y de una mirada torva como la de la hiena, que se agitan en las peñas, se rebullen en tre las escabrosidades del terreno, vuelven a aparecer por otro lado y avanzan entre espesos cordones hacia Tepic, sembrando el terror, la ruina y la muerte á su paso, acudillados por un salvaje de instintos no menos sangüinarios que los de ellos, por el feroz Lozada, á quien el justo odio del pueblo tepiqueño dió el significativo sobrenombre de "Tigre de Alica."

Si la memoria continúa evocando lo pasado, á través del tiempo trascurrido, verá también á los pueblos de aquel infortunado cantón, perteneciente entonces á Jalisco, ponerse en movimiento, prepararse para la defensa y sucumbir las más veces ante la muchedumbre selvática que invadía como un torrente maldito las poblaciones indefensas, que lo eran casi todas.

Mas se verá también, en medio de aquellas escenas de sangre, en medio de tantos crímenes cometidos por la impunidad que da la fuerza bruta, surgir una figura juvenil pero firme, valerosa y resuelta, que con una osadía que le gana todos los corazones se pone frente al Tigre de Alica, el cual lanza rugidos de rabia al ver que alguien desafia su poder, y retrocede al fin á refugiarse en sus guaridas, intimidado por la entereza de su joven enemigo, en torno del cual un puñado de hombres de valor se ha agrupado á defender, aun á costa de su vida, lo que tienen de más caro: la san-tidad de sus hogares y el honor de sus familias.

Ese joven, que lleva su valor hasta la audacia, es Ramón Corona. Casi nadie le conoce, casi nadie sabe de donde viene; pero nadie ignora á donde va: va hacia la libertad, hacia el

progreso, hacia la inviolabilidad humana, puesto que es á Lozada á quien viene á combatir, y Lozada representa la opresión, el salvajismo, la ignorancia, el asesinato y el robo.

En la historia de Tepic durante la guerra de Reforma y la de Intervención, dos caudillos forman las figuras principales en los episodios de la lucha. Uno de ellos es Lozada, que personifica primero al bandidaje, luego á la reacción política y por último al invasor extranjero. El otro es Corona, que representa sucesivamente la guerra al bandidaje, la guerra á la reacción y la guerra al invasor. Los servicios que Corona prestó á la Patria en esa triple lucha, fueron importantísimos é hicieron de él un héroe. Verdad es que su valor, su constancia y sus sacrificios fueron indecibles, y de ello es elocuente testimonio su rápida y

gloriosa carrera militar. ¿Qué era Corona al principio de la guerra de Reforma? Un oficial subalterno al frente de menos de veinte hombres; un caudillo sin grado, sin prestigio y sin fortuna, aunque rico en valor, en nobles sentimientos y en bellas esperanzas. ¿Qué era al fin de la guerra contra el Imperio de Maximiliano? Un caudillo popular á quien los Estados del Occidente querían con idolatría; un

ilustre jefe del ejército mexicano con el grado de General de División, y uno de los más valientes republicanos que sitiaron al Archiduque en Querétaro, teniendo en el ejército sitiador el cargo de segundo en jefe. Pero para llegar á esa altura, ¿cuánta abnegación tuvo que mostrar! ¿cuántos peligros que correr! ¿Cuántas privaciones, cuántos padecimientos y cuánto heroísmo, por amor á la patria, embellecieron su carrera! Nueve años de una campaña sin tregua contra un enemigo poderoso, valiente é implacable; el aniquilamiento del Imperio en los Estados de Occidente en que Corona tenía jurisdicción, y su concurso en el memorable sitio que consolidó la independencia nacional, constituyen la hoja de servicios más digna de un patriota que á la edad de veintinueve años ha podido obtener la banda de General de División.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

Narrar la vida completa del General Corona en esta obra es imposible; pues sólo el principio de aquella es tan fecundo en acontecimientos y se liga tan íntimamente á las vicisitudes y á las hazañas del Ejército de Occidente, del que Corona fué el jefe y el iniciador, que la historia de ese Ejército es la historia de Corona en aquella época de su vida. Y si para referir los infortunios y las glorias del Ejército de Occidente se necesitara un grueso volumen, mayor sería aun el que se necesitara para dar á conocer la vida de Corona, cuyos hechos militares se extienden más acá del tiempo en que aquellas valientes tropas fueron licenciadas ó refundidas.

Sin embargo, tracemos aunque sea á grandes rasgos la biografía del héroe, y procuremos delinear un perfil lo más parecido posible, de su brillante personalidad.

II

En el rancho de Puruagua, perteneciente al 4.º Cantón del Estado de Jalisco, fué donde nació el 18 de Octubre de 1837, el niño que con el tiempo llegaría á ser el Candillo de Occidente, en nuestras luchas por la libertad.

Su padre, el Sr. Esteban Corona, tenía todas las cualidades inherentes á una vigorosa naturaleza que no ha encontrado obstáculos para su perfecto desarrollo. Era alto, fuerte, ágil; su destreza en el manejo de las armas y su habilidad como jinete, eran proverbiales.

La madre del niño, la Sra. Dolores Madrigal de Corona, era por el contrario, una señora de fina complexión en lo físico; de clara inteligencia y exquisita sensibilidad en lo moral.

Con semejantes progenitores, el niño Ramón tenía que venir al mundo perfectamente dotado por la naturaleza. Y así sucedió efectivamente; desde que empezó á crecer se notó que el futuro soldado de la Reforma y de la República, había heredado de su padre y de su madre las cualidades que más les recomendaban. Tenía del primero la resistencia física y la entereza moral; y de la segunda la delicadeza de percepción y la delicadeza de sentimientos.

Los primeros años de su vida los pasó el niño Ramón en aquel rancho en que había venido al mundo, y que se haya situado á inmediaciones del gran lago de Chapala. Los primeros objetos de la naturaleza que hirieron su impresionable imaginación, fueron las montañas y las olas, que tantas veces había de flaquear al frente de sus tropas para defender la libertad ó la independencia de la Nación, y las

olas que había de cruzar un día para ir á honrar á su patria en el extranjero.

Las fatigas de los viajes, que tan familiares habían de llegar á serle en la vida de campaña, comenzaron en él desde la infancia.

Siendo niño aún, fué trasladado al pueblo de Tuscueca, donde comenzó su educación; pero ésta no podía pasar allí de elemental, y como la previsora y virtuosa madre del niño Ramón ansiaba para su hijo la mayor suma posible de saber, compatible con la escasez de recursos en que se encontraba la familia, consiguió que Ramón se estableciese, á los ocho años de edad, en Guadalajara, de donde tuvo que llevarse á Tuscueca otra vez el año siguiente, que fué el de 1846, á causa de los trastornos de la guerra.

Algún tiempo después, no desmayando la Sra. Madrigal en su anhelo de proporcionar á su hijo una educación satisfactoria, lo llevó de acuerdo con su esposo D. Esteban Corona, á Teocuitatlán, donde residían algunas personas de la familia. El objeto de la Sra. Madrigal al llevar allí á su hijo, era el de dedicarlo especialmente al aprendizaje del trabajo comercial.

La noche en que por última vez estuvieron juntos, la madre, como si tuviera una vaga intuición del porvenir, llamó junto á sí á su hijo, y le dijo con ese acento amoroso y dulcemente persuasivo que graba como con un buril en la memoria de un niño de índole bondadosa las palabras maternas.

—Hijo mío, somos pobres, y probablemente tendrás que abrirte por tí mismo un lugar en el mundo. Para conseguirlo, piensa en que no puedes hacerlo sino por medio de tu trabajo, y que el trabajo es insuficiente si no le acompaña la virtud. Sé, pues, bueno y trabajador. Cuando seas hombre, acuérdate de estas palabras que te digo hoy que eres niño, y piensa mucho en ellas.

Al día siguiente se despidió de su hijo abrazándole y besándole tiernamente, y partió para Tuscueca.

Los consejos de su madre fueron para el niño Ramón una eterna despedida y una herencia, pues tres días después de haber llegado la Sra. Madrigal á Tuscueca, falleció.

Llamado de nuevo Ramón á este último punto por su padre, se trasladó á él; pero no permaneció allí mucho tiempo, pues la necesidad de que prosiguiera su educación, hizo que se le llevara á Sayula, donde tampoco fué posible que continuara, á causa de la escasez de recursos.

El errante niño tornó de nuevo á Tuscueca; mas no habían acabado aún sus peregrinaciones, y á principios de 1851 Ramón y su padre

tomaron juntos el camino de Tepic, para ver si en esta ciudad les era menos adversa la suerte. Pero ésta no se había cansado de atormentar á la familia, y el viaje fué infructuoso; no encontraron ni trabajo ni protección. D. Esteban Corona resolvió entonces dirigirse á San Francisco California en busca de fortuna, y así lo hizo, dejando al joven Ramón encargado con un tío suyo en Tepic.

En esa ciudad, Ramón continuó en la escuela, pero fué por poco tiempo. Gracias á la mediación de su tío, entró sucesivamente como dependiente en varias casas comerciales, hasta que por fin pareció establecerse de un modo definitivo con D. Jesús Gómez Cuervo, que tenía una negociación de vino mezcal, en la cual dió trabajo al joven Corona, asignándole un sueldo de doce pesos, que le fué ascendiendo hasta veinte, conforme iba apreciando las buenas cualidades que á su nuevo dependiente distinguían. Corona desde un principio se mostró agradecido, inteligente, trabajador y empeñoso en el cumplimiento de sus deberes.

Pronto el Sr. Gómez Cuervo le tomó cariño, y deseando protegerle para ponerlo en camino de conquistarse un buen porvenir, le puso al frente de una negociación de minas en el mineral de Motage, en calidad de Administrador. Eran socios capitalistas de la negociación, el mismo Sr. Gómez Cuervo y el español D. Juan Antonio de Aguirre.

En aquellas pacíficas labores, cumplidas en las ignoradas asperezas de una serranía, sorprendió al joven Corona el golpe de Estado de Comonfort y el principio de la guerra de Reforma, que fué su consecuencia.

Corona era en aquel tiempo un joven de veinte años, valeroso y fuerte como su padre, sensato y bondadoso como su madre, y firme, como ambos, ante los caprichos de la adversidad.

Su viva imaginación estaba llena de recuerdos guerreros de épocas no lejanas, y alimentado de este modo había despertado en su espíritu un amor ardiente á la libertad y á la gloria.

Iniciada la guerra en favor de la Constitución de 57, y extendida pronto por todo el país, produjo una efervescencia formidable, cuyos ecos llegaron hasta la Sierra de Motage.

Corona no vaciló en abrazar con todo el ardor de su vigorosa juventud la causa de la revolución. Uniéndose á D. José M. Villanueva, y ambos concertaron una sublevación en Acaponeta, población situada á seis leguas de Motage y junto á la cual pasa un río.

Acaponeta, como todo Tepic, estaba en-

tonces bajo la salvaje dominación del cabecilla Manuel Lozada, quien de bandido y jefe de bandidos que era, se había convertido en general del gobierno reaccionario y en su más prominente y odioso representante en aquellas regiones.

La sublevación convenida entre Corona y Villanueva se llevó á cabo el 18 de Noviembre de 1858, justamente en el momento en que se esparcía por el Occidente la noticia de la toma de Guadalajara por D. Santos Degollado. Este triunfo había venido á dar ánimo á los liberales y hacía esperar buen éxito para la sublevación en favor de la Constitución de 57. Sin embargo, el pronunciamiento se inició con unos cuantos hombres, que por todo armamento contaba con siete fusiles oxidados y algunos cuchillos; pero los jefes pronunciados y sus pocos hombres obraron con tal astucia y de tal modo lograron acreditar el rumor de que iba á haber un pronunciamiento general contra el gobierno reaccionario del que Lozada era el agente, que la pequeña guarnición que había en Acaponeta huyó amedrentada, dejando la plaza á discreción de los pronunciados liberales. Instalados éstos en ella, Corona se dirigió al día siguiente á Motage de donde regresó con algunos refuerzos. La pequeña tropa llegó entonces á contar con 70 hombres, de los cuales diez y siete estaban armados con fusiles. El mismo día que se pronunciaron en Acaponeta Villanueva y Corona, se declaró también en favor de la Constitución, en Tuxpam, el comandante Domingo Barrón, que fué á incorporarse con sus soldados á la fuerza de Villanueva, tomando la tropa resultante el nombre de "Compañía Libres de Motage."

La aproximación de una fuerza considerable enviada por Lozada para reducir á los rebeldes, hizo que éstos, conociendo la desproporción entre sus tropas y los enemigos, abandonaran Acaponeta, retirándose á la Concepción, en la frontera de Sinaloa, donde poco después fueron completamente derrotados. Los dispersos se reunieron y se reorganizaron como fué posible en el Rosario, de donde se dirigieron á Mazatlán, sitiado esos días por D. Pablo Lagarza, que con una parte de la guarnición del puerto se había declarado en favor del orden constitucional. Como las operaciones del sitio se prolongaban bastante y no se utilizaba el curso de la compañía "Libres de Motage" ésta emprendió de nuevo la marcha hacia Acaponeta. Constaba entonces sólo de 50 hombres, pues no había podido reponerse de la derrota de la Concepción. El mando en

jefe lo tenía Villanueva, á quien se había concedido esta preeminencia en atención á su edad; su segundo lo era Corona, con el grado de teniente.

Al pasar por Matatán y Maloya, la compañía se aumentó con algunos voluntarios y tuvo un efectivo de 80 infantes y 20 caballos. La pequeña sección de caballería se puso á las órdenes de D. Trinidad Corona, tío del joven Ramón. Al acercarse á Acaponeta, el teniente Corona, que había quedado al frente de la compañía, por enfermedad de Villanueva, supo que el obispo Espinosa, instigador de la guerra al liberalismo como tantos otros prelados, se encontraba en aquella población, debido á que, después de los triunfos que en Jalisco habían alcanzado las fuerzas constitucionalistas, no se consideraba seguro en Guadalajara.

Corona formó un plan de asalto para apoderarse de Acaponeta y, por consiguiente, del obispo. El plan era defectuoso, pues Corona, aunque dotado de muy buen sentido y de una inteligencia natural muy clara, no había podido adquirir aún casi ningunos conocimientos militares. Más á pesar de la deficiencia del plan, Corona dirigió con tanto ardimiento á sus soldados, que después de un combate encarnizado con la guarnición reaccionaria, los liberales quedaron dueños de la población. El obispo, gracias á la indiscreción inconsciente de un soldado de Corona, había tenido aviso del proyecto que contra él se había formado, y pudo escapar á tiempo.

Acabando de obtener este triunfo, Corona recibió de parte de D. Jesús Gómez Cuervo, una carta en la que ese su antiguo protector, que había llegado á sentir por él un cariño verdaderamente paternal, le llamaba de nuevo á su lado, diciéndole que había obtenido de la autoridad política de Tepic, un indulto para él y ofreciéndose á allanar todas las dificultades que pudieran presentarse para que Corona volviera tranquilamente á la vida pacífica, en la que el mismo Gómez Cuervo le ayudaría eficazmente á labrarse un dichoso porvenir.

El ofrecimiento tenía mucho de halagüeño. La revolución se hallaba casi vencida por todas partes, á causa de los descalabros que habían sufrido últimamente sus sostenedores. Vidaurri había sido derrotado en Aqualulco de Pinos, con lo que se perdió San Luis Potosí para el partido constitucionalista; Degollado había perdido ya á Guadalajara; Miramón había ocupado á Colima y derrotado después á los liberales en San Joaquín; y como si la hora funesta para los defensores de la liberalidad biera sonado, una expedición que Degollado

mandó para Tepic, á las órdenes del Coronel Jesús Sánchez Román, fué deshecha en Ocotillo por las fuerzas de Lozada, pereciendo aquel jefe en el combate.

Estos desastres que á fines de 1858 amenazaban acabar con la revolución contra el Gobierno reaccionario, no quebrantaron el ánimo de Corona. Resuelto á correr la suerte que el destino le deparara, comunicó á Gómez Cuervo su propósito de seguir luchando arduamente por la libertad, expresando á la vez á su bondadoso protector, cuan reconocido le quedaba por los nuevos favores que estaba dispuesto á dispensarle.

A poco de haber tomado á Acaponeta, Corona dispuso salir de ella, porque supo que el general reaccionario Pérez Gómez se acercaba á aquella población, de paso para Mazatlán, con 500 infantes y 600 caballos. Adelantóse Corona con su fuerza y llegó al puerto, sitiado á la sazón por el caudillo liberal Ignacio Pesqueira.

Tanto Corona como Villanueva, que estaba ya restablecido de su enfermedad, se pusieron á las órdenes de Pesqueira, y habiendo sido admitidos sus servicios, tomaron parte en las operaciones de aquel importante sitio, que dió el golpe final á la reacción en Occidente. La plaza cayó en poder de los liberales el día 3 de Abril de 1859.

Una vez obtenido aquel triunfo decisivo en Sinaloa, Villanueva y Corona solicitaron del Gral. Pesqueira la autorización para volver á Jalisco. El jefe sonreose no sólo concedió á la Compañía "Libres de Motage" lo que pedía, sino que aumentó su efectivo cuanto pudo y mejoró su equipo. Villanueva y Corona fueron ascendidos, en recompensa de sus servicios, el primero á Teniente Coronel y el segundo á Comandante. Con esta graduación salieron de Mazatlán al frente de sus tropas, que entonces se componían de 150 infantes y 25 caballos. Esta pequeña fuerza fué aumentando con voluntarios, conforme se iba enterando en Jalisco. Al llegar á Huajicori, contaba ya con 650 infantes y 100 caballos. En ese punto tuvieron noticia los jefes, de que en Acaponeta se encontraba en aquellos momentos Eduwigis Ramírez, jefe lozadeño, con un destacamento de 200 infantes y 100 caballos. Villanueva y Corona decidieron atacar la plaza, y la tomaron, merced á sus rápidas manobras. Este hecho de armas se verificó el 13 de Mayo. Mas como Lozada, irritado con aquel revés, enviase inmediatamente una fuerza mucho mayor que la primera para recobrar la plaza, los liberales tuvieron que abandonar la, y se dirigieron á Escuinapa, no queriendo

sacrificar estérilmente las pocas tropas que tenían á sus órdenes.

III

Detengámonos un instante en nuestra narración, para dar una idea de lo que era la personalidad de Corona en aquella época. Ese conocimiento de su valer individual, hará aparecer como muy natural y merecido el rápido prestigio que adquirió después de los acontecimientos que acabamos de bosquejar, y que lo convirtió más tarde en la figura más prominente en la lucha que el Occidente de la República, como todas las demás regiones del país, sostuvo contra el Imperio usurpador.

Corona no tenía entonces más que 22 años no cumplidos, pero poseía, gracias á su privilegiada organización y al temple que el amor á la gloria y á la libertad habían dado á su alma, todas las cualidades viriles propias de un buen soldado.

Mostraba una resistencia extraordinaria á las fatigas. No parecía tener hambre sino cuando había que comer; no sentía el sueño sino cuando se podía dormir; no reparaba en la sed sino cuando la casualidad le deparaba algún manantial; y ya se comprende que en una campaña tan activa y desigual como la que proseguían las fuerzas liberales contra la reacción, el hambre, la sed y el cansancio tenían que ser compañeros inseparables del soldado.

Las privaciones no impedían, sin embargo, á Corona, perfeccionar su espíritu de día en día y cultivar las aptitudes de que la naturaleza le había dotado.

Inútil es decir que el valor no estaba en esta clase de perfeccionamiento, porque desde el día en que Corona mandó á un solo hombre como soldado, no temió jamás el peligro y ni un momento titubeó en arriesgar la vida cuantas veces fué necesario. Así es que desde el primer día también, Corona se hizo querer y respetar de sus soldados. Los soldados estiman en sus jefes dos cualidades sobre todas las demás: el valor y la justicia. Corona era justo y valeroso, y era natural que se hiciese amar de sus soldados y de sus subalternos.

Estos al verlo impassible en medio del fuego, se decían unos á otros al acabar la acción:

—Este hombre tiene en la pelea una cara de palo. Ni cambia de color, ni se conmueve.

—No tiene, decían otros, ni nervios, ni músculos, ni nada de lo que tenemos nosotros. Es una estatua ecuestre cuyo caballo está vivo.

—No tiene, decían otros, ni nervios, ni músculos, ni nada de lo que tenemos nosotros. Es una estatua ecuestre cuyo caballo está vivo puesto que, á diferencia de su ginete, el animal tiene miedo y tiembla.

Al verlo ostentar en el combate que la fría indiferencia, hubiérase podido creer que carecía de sensibilidad y de sentimientos delicados. Nada más erróneo, sin embargo. Su trato franco y amigable cuando se reunía con sus compañeros después de la refriega, y su benévolo afecto á los soldados, hacían patente la bondad de su corazón.

Después de cumplir con las obligaciones de su grado, su afán incesante, su obsesión, puede decirse, era el deseo de ampliar sus conocimientos. Todos los días procuraba aprender alguna cosa, ya fuera con la ayuda de un superior, de un igual ó de un inferior. En este último caso, su buen sentido le hacía comprender que no debía mostrar su ignorancia al soldado, en determinados puntos, si no quería ver disminuido su ascendiente sobre él. Pero su pronta imaginación le sugería los medios de obtener indirectamente de un inferior la enseñanza que deseaba.

Un día (esto sucedió al principio de su carrera, se acercó á un soldado que acababa de ser relevado de su puesto de centinela que se hallaba en un lugar alejado del centro del campamento.

—Oye, le dijo deteniéndole, ¿conoces el manejo del fusil?

—Sí, mi comandante, dijo el soldado.

—Vamos á ver..... ¡firmes!

El soldado descansó la culata del arma sobre el suelo y se puso inmóvil y erguido como una pilastra.

Corona le mandó sucesivamente terciar el arma, presentarla, ponerla sobre el hombro, cubrirla, etc.

Mas como lo que Corona deseaba era aprender la carga del fusil, que no sabía ejecutar, le dijo al soldado:

—Ahora, vamos á ver si sabes cargar tan bien como hacer los movimientos que te he mandado. Carga tu fusil marcando los tiempos, ¿sabes tú en cuantos tiempos se carga?

—Sí, mi comandante, en once.

—Bueno. Empieza pues.

El soldado se puso en la posición de "firmes," y comenzó en seguida á decir: uno... dos... tres... cuatro.....

Y al mismo tiempo iba inclinando el arma, levantando el gatillo, sacando el cápsul, colocándolo sobre la chimenea del fusil, etc.

Cuando hubo concluido le dijo Corona.

—Está bien, pero te precipitas un poco al concluir. Repite la carga con más calma y regularidad.

El soldado hizo lo que le mandaba su comandante, y éste, que tenía las dos cualidades necesarias para aprender lo que se propusiera, que eran atención y memoria, al con-